

The book cover for 'Entre las dos orillas' by Virginia Pérez de la Puente features a dark, textured background. On the left, a wooden horse head is depicted, facing right, with a yellowish-brown patina and some red splatters. To the right of the horse, there is a fragment of an old, stained map with various place names and geographical markings. The title 'ENTRE LAS DOS ORILLAS' is written in large, white, serif capital letters across the center. Below the title, there is a small, stylized decorative element resembling a pair of intertwined lines or a small floral motif. The author's name, 'VIRGINIA PÉREZ DE LA PUENTE', is printed in white, serif capital letters at the top of the cover.

ENTRE LAS DOS ORILLAS

VIRGINIA PÉREZ DE LA PUENTE



Copyright © Virginia Pérez de la Puente, 2014
Mapas y portada: Fernando López Ayelo
Revisión: Natalia Cervera

www.virginiaperezdelapuate.com
elsegundoocaso.blogspot.com.es



Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del propietario del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal Español).

A mis hermanos, Sofía y Kiko, que me metieron en esto de la fantasía.

A Diego, que no se va a quedar sin novela.

Y a Bruno: echo de menos tus patitas en mi teclado.

Mapa del continente de Ridia





Mapa de Cohayalena (Thakledia)



Norte



COHAYALENA



- 1.- Palacio Real
- 2.- Tre-Ahon
- 3.- Ala de invitados
- 4.- Casas nobles
- 5.- Concejo
- 6.- Barracones
- 7.- Calle de la muralla
- 8.- Templo de Calhir
- 9.- La Cabeza del Rey
- 10.- Barracon de la Puerta de los Caballos
- 11.- Puerta de los Caballos
- 12.- Calle de los Tres Dioses
- 13.- Calle del Rollo
- 14.- Plaza del Ahorcado
- 15.- Puerta de Cerhânedin
- 16.- Calle de los Cetreros
- 17.- Barracon de los Cetreros
- 18.- Calle de Ifikratius
- 19.- Barracon de Jede la Bella
- 20.- Calle de Androvinius
- 21.- Plaza del Mercado
- 22.- Calle de Jede la Bella
- 23.- Templo de Lhadhar
- 24.- Plaza de la Batalla de Lire
- 25.- Calle de Dolvino
- 26.- Templo de Jenhaha
- 27.- Calle del Pinar del Rey
- 28.- Calle del Aljibe
- 29.- Puerta de Lire
- 30.- Arroyo Scilke

LA SENDA

Y cuando clave sus ojos en tus ojos sabrás que ni el mejor de los poemas haría justicia a su brillo de plata.

Reflexiones de un öiyin

Miró al cielo. Sus ojos reflejaron como un espejo el azul de la bóveda. Bajó la vista. Y sonrió, robándole el aliento.

—¿Quién eres? —preguntó él una vez más, sabiendo que la respuesta sería la misma.

Silencio.

No le importó. Se contentó con devolverle la sonrisa, y cuando ella echó a andar, la siguió.

El camino era igual y no lo era. Los colores eran más apagados; los contornos, difuminados. El sol brillaba en lo alto, pero no llegaba a calentar. Su luz no alumbraba; solo permitía distinguir las siluetas de los árboles, de las montañas que serraban el horizonte y mordían el cielo. Bajo sus pies, la grava crujía.

El camino atravesaba el bosquecillo. Un sendero poco transitado, bastante amplio para un caballo, pero no para una carreta. Los viajeros evitaban aquella ruta: solo la utilizaban los mensajeros, los mercenarios y los bandidos.

Él pertenecía a la primera categoría. Los que salieron a su encuentro, a la tercera.

O eso parecían, desde las botas manchadas de barro hasta el pelo desgredado que asomaba bajo los casquetes de cuero. En realidad no podía saberlo, porque ninguno respondió a su pregunta.

—No tengo dinero —les dijo, indeciso.

Uno de ellos señaló el caballo que piafaba bajo su cuerpo. Las sombras que proyectaban los árboles conferían al bandolero una expresión brutal.

Él dejó de lado el miedo que le trepaba por la espalda y le provocaba escalofríos al clavarle sus garras.

—No puedo entregaros mi montura.

—¿No es lo único de valor que tienes? —gruñó el asaltante, un hombre enclenque ataviado con una camisa embarrada.

Sin darse cuenta, se palpó la bolsa que llevaba colgada al cuello.

—No puedo dárosela.

Anduvo tras ella, mirando hechizado cómo se alzaba la falda plateada lo suficiente para dejar ver un tobillo, luego el otro. Era lo único que veía con nitidez en el paisaje desenfocado. La tierra rojiza no se le adhería al repulgo ni le manchaba los piececitos descalzos. «¿Cuándo se ha vestido?», se preguntó. Tampoco recordaba cuándo el camino de grava había dado paso a la senda de arena roja, reluciente bajo el sol del atardecer. Se imaginó vadeando un río de sangre. El pensamiento lo dejó indiferente.

—El caballo —insistió el hombrecillo con una sonrisa de dientes marrones—. Y el mensaje.

Él agarró la bolsita de piel. Lejos de tranquilizarlo, su tacto lo llenó de aprensión. Retiró con lentitud la mano, pero los ojos del hombre habían captado su ademán y habían sabido interpretarlo.

¿Qué había dicho su señor al entregarle el pergamino? «Dáselo solo a él —con una mirada en la que se mezclaban la amenaza y la súplica—. Aunque te cueste la vida».

—Tengo que entregar un mensaje —murmuró, llevándose la mano al cuello: nada. Se detuvo en mitad del camino. Aturdido, miró a uno y otro lado. Los raquíuticos árboles habían desaparecido, y solo quedaba la llanura, un mar hirviente de oro rojo. Y el sol, que caía sobre él sin llegar a tocarlo.

—¿Qué decía ese mensaje? —preguntó ella, instándolo a seguir hacia el ceño fruncido de las montañas.

El mensaje. ¿Cómo sabían que llevaba un mensaje? No eran bandidos. El gesto ávido del hombrecillo le erizó la piel de la nuca.

Espoleó al caballo, que se encabritó y, sin reparar en los hombres que le cerraban el paso, se lanzó en una alocada carrera en la que se llevó por

delante al menos a dos de los supuestos bandidos. Sin prestar atención a los gritos de alarma, se inclinó sobre el caballo y se aferró a él con desesperación; los árboles pasaban a su lado convertidos en manchas horizontales. Cerró los ojos y hundió el rostro en las crines.

Por eso no vio la cuerda que atravesaba el camino a la altura de las patas del animal.

«El mensaje».

—No lo recuerdo —confesó, hipnotizado por sus tobillos—. Era importante... pero no sé por qué. No llegó a decirme qué había escrito.

—¿Sigue siendo importante?

Él negó con la cabeza.

El caballo relinchó; un sonido agudo que se le clavó en los oídos y lo hizo gritar de dolor. Cayó a la vez que el animal, y rodaron por la grava y la hojarasca. Una piedra le golpeó la cabeza. Pugnó por incorporarse, ciego y mareado. Fue el oído lo que lo advirtió de los hombres que salían de entre los arbustos, de detrás de los árboles.

Luchó por desembarazarse de los cuerpos que se abalanzaron sobre él: pataleó, mordió y se revolvió, con los chillidos del caballo taladrándole los oídos, hasta que logró quitárselos de encima. Se levantó de un salto e intentó enfocar a sus atacantes, tratando de cambiar la expresión de terror por otra de furia.

—Así ha sido toda mi vida —murmuró, continuando una conversación que no había empezado. Era incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí.

—¿Cómo? —Su voz era miel derramada en un vaso de vino: dulce, embriagadora, tentadora y con un leve regusto a peligro.

—Un mensaje que no conocía; un ataque que no me esperaba. Una orden sin explicación. —Suspiró—. Querría regresar a casa. Con mi hermana. Tengo una hermana.

No esperaba la mirada escrutadora ni el breve asentimiento de comprensión. Tampoco esperaba la suave caricia en la mano, el gesto que indicaba que tenían que seguir caminando.

Iban armados, aunque sus cuchillos apenas merecieran considerarse armas. Gruñían y enseñaban los dientes como perros que acorralaran a su

presa; uno de ellos, tal vez el cabecilla de la jauría, sostenía una lanza de punta oxidada. Él retrocedió al tiempo que desenvainaba la espada, y se apoyó contra un árbol, el único camarada dispuesto a guardarle las espaldas. Los bandidos se lanzaron hacia delante.

Desarmó al primero y le cortó la mano al segundo, que cayó de rodillas con un grito. No era muy diestro con la espada, pero contra sus armas cortas solo tenía que mantener la distancia. Hasta que se acercasen lo suficiente para matarlos. O para que uno de ellos lo matase a él.

El tercero logró arañarlo con el cuchillo antes de verse forzado a retroceder; él blandió la espada y, casi por casualidad, hirió a un cuarto en el rostro. La camisa se le enganchaba en las rugosidades de la corteza del árbol. De un revés desgarró la desastrada casaca de otro. De la abertura brotó la sangre a borbotones. El impulso arrancó la espada de su mano sudorosa. Se la miró, desconcertado: el arma yacía a varios pasos de distancia, enterrada entre las hojas.

El jefe de la jauría rio, burlón, y empuñó la lanza.

—¿Adónde vamos?

Ella apartó la noche de su pelo de la deslumbrante luna que era su rostro. Sonrió, y las estrellas titilaron entre sus labios.

Señaló la senda que serpenteaba por las montañas. Sobre los picos asomaba el sol, dibujando el paisaje con un pincel impregnado en oro líquido.

—¿Al desfiladero? —inquirió él, indeciso.

—Al crepúsculo.

Perplejo, miró la lanza que lo atravesaba de parte a parte, clavándolo al árbol por debajo del esternón. Se llevó las manos al asta y la rodeó con los dedos. Tomó aire; se asustó al oír el gorgoteo de la sangre en la garganta. «No me duele. ¿Por qué no me duele?»

Un leve susurro, como el de una hoja al caer, le rozó la mejilla. Unos ojos plateados entraron en su mirada.

—¿Qué...?

—Shhh. —Ella le posó un dedo en los labios.

—¿Quién...?

Esta vez lo acalló con un beso.

Ella apoyó el cuerpo contra el suyo y enterró las manos en su cabello. Un mordisco, suave, en el labio inferior. Su lengua buscó la de él, que no pudo contener un gemido.

—Ven —susurró ella. Incrédulo, apoyó la cabeza contra el árbol que arañaba su espalda.

—No..., yo... —balbució. Ella no contestó; lo obligó a callar con los labios mientras acariciaba su pecho. Él trató de apartarse y se descubrió devolviéndole el beso. Cerró los ojos mientras ella hurgaba bajo su ropa, hasta que, dejándose llevar por el deseo, la abrazó.

—Ven —repitió ella.

Incapaz de resistirse, se separó con esfuerzo del árbol. De pronto se encontró tumbado en el suelo, ella mirándolo desde arriba, el pelo perfumado acariciando su rostro.

—¿Ha sido tan difícil? —preguntó. Se puso a horcajadas sobre él y se dejó caer. Él abrió mucho los ojos, asombrado; se le escapó un jadeo cuando ella comenzó a moverse. Gimió mientras lo cabalgaba, sin poder hacer otra cosa que dejarse llevar por el súbito éxtasis que lo hizo estremecerse de la cabeza a los pies, entre gritos y temblores.

—Me has arrebatado el alma —farfulló, una de esas frases sin sentido que en esos momentos tenía todo el sentido del mundo. ¿De dónde había salido aquella mujer? ¿Dónde estaban los asaltantes? ¿Se habían llevado su caballo?

«El mensaje...».

¿Qué había dicho ella entonces? Cuando lo miró, tumbada a su lado, con ese gesto que tanto decía y que no decía nada.

—¿Habías preferido una guadaña...?

Se detuvo en seco y soltó la mano que tiraba de él hacia el sol que se ocultaba en el horizonte. Ella dio media vuelta para mirarlo.

Se separó de ella, luchando contra la incredulidad y el deseo que todavía palpitaban en sus entrañas. «¿Qué has dicho?». ¿Qué más daba? Las palabras habían dejado de importar, y lo único que tenía sentido era el sonido, la caricia de su aliento, la languidez que se apoderaba de él. Levantó la mirada hacia el árbol que ensombrecía el paisaje. Y se vio clavado al tronco, la lanza sobresaliendo de su estómago, los brazos laxos, la mirada vacía.

El recuerdo del horror de ver su propio cuerpo muerto lo hizo doblarse sobre sí mismo; el recuerdo de un dolor que no había llegado a sentir, que había acabado antes de empezar.

—La Muerte —susurró; cuando ella alzó la mano para acariciarle el rostro, se apartó con los afilados dientes del terror clavados en el vientre.

Los ojos de ella se llenaron de tristeza. Bajó la mano y ocultó la mirada entre las sombras de sus cabellos. Parecía una niña desvalida.

—Algunos me buscan; otros me odian —musitó—. Todos me temen. Pero yo solo puedo ser quien soy.

—¿Y quién eres en realidad?

Ella levantó el rostro. Los labios le temblaban; una niña asustada que trataba de ocultar su desazón. Pero no había nada infantil en su mirada de hierro, inflexible e implacable.

De hierro no. De plata.

—Soy la guía. —Señaló la senda bajo sus pies.

—La Segadora —corrigió él, y retrocedió un paso. La Dama de Plata. También él temblaba, de aprensión, de incredulidad. De deseo.

La niña desapareció tras la mujer.

—Yo no he segado tu vida. Solo te he enseñado el camino para abandonarla.

Esquivó sus torpes intentos de alejarla y, rodeando su cuello con los brazos, lo besó.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—Por qué.

Ella asintió, comprendiendo.

—Tenéis miedo de lo que no conocéis. Y nunca queréis marcharos. Aunque lo hayáis deseado siempre. Aunque me hayáis llamado a gritos, aunque hayáis alardeado de no temerme, aunque me hayáis cantado. Nunca queréis marcharos. Y tenéis que iros. El mundo es para los vivos.

—¿Y los muertos? —inquirió él con la voz estrangulada.

—Yo solo conozco el camino. Lo que haya al final es cosa vuestra. Yo no estoy muerta.

—Tampoco estás viva. —Se frotó las sienes, confundido—. Pero sigues sin decirme por qué.

Ella volvió a apretar el cuerpo contra el suyo.

—¿Quién ha dicho que la Muerte no puede ser hermosa? —Su voz era una caricia; sus besos, una promesa. Se dejó arrullar como un niño perdido; se dejó besar como un amante finalmente encontrado, hasta que el miedo y la pena se disolvieron y solo quedó ella. Ella, y su abrazo, que lo había arrancado de la lanza y del mundo.

—Ven —dijo ella al levantarse. Las hojas secas resbalaron como agua por su cuerpo desnudo. Le tendió la mano.

—¿Adónde vamos? —preguntó él. Ella miró al cielo. Sus ojos reflejaron como un espejo el azul de la bóveda.

—Ven —repitió, señalando el camino que conducía a las montañas.

El camino, el cañón, la cordillera... Todo era lo mismo y no lo era. El mundo ya no era el mundo, y él ya no era él.

—Estoy muerto.

—Sí.

Sin poder contenerse, se echó a llorar.

Ella se inclinó sobre él, murmurando frases inconexas en sus oídos sedientos de consuelo, hasta que desapareció la náusea. Enterró el rostro en su cuello. La Muerte. Pero era la única que estaba allí. Se dejó acunar por ella y, poco a poco, los sollozos se convirtieron en gemidos, y estos en quejidos inaudibles. Al fin dejó de temblar, agotado.

Ella se enderezó y acarició su mejilla.

—¿Quieres regresar? No puedes. Pero si pudieras, ¿querías?

Él echó la vista atrás. El camino se extendía hasta el infinito; los árboles, esqueletos sin hojas, eran dedos que trataban de arrancar las estrellas del cielo; las montañas le devolvieron la mirada con frialdad. Después, miró hacia delante.

Allí estaba ella.

—No —contestó. Ella abrió los brazos.

—Entonces, ven.

Iven suspiró y cerró los ojos.

PRIMERA PARTE

Piedra



AHDIEL

Tercer día antes de Yeöi
Año 570 después del Ocaso

Sé cauteloso cuando uno de tus hombres de confianza demuestre tener demasiada ambición: el camino a la cumbre pasa sobre el cadáver de quien la ocupe.

Política moderna

La Iannä acariciaba las columnas de cristal del Santuario en su eterno paseo por las entrañas de Ahdiel. Rozaba con los dedos la superficie lisa y suave, transparente como el agua, un riachuelo atrapado en el cristal como un mosquito en el ámbar. El bosque cristalino se erguía, multicolor, en el interior de la montaña; la Iannä tocaba con ternura los árboles que no eran tales, los troncos, las copas que formaban cúpulas vidriadas sobre su cabeza, los Signos tallados en cristal: el Ia y el Öi.

—Ahdiel contiene ambos. No hay vida sin muerte; no hay muerte sin vida.

El cristal rio bajo sus dedos.

En su frente, el Signo de la Vida era una mancha de oscuridad. Lo sentía vibrar, vivo y travieso como un cachorrillo, un poco asustado por la cercanía de Yeöi: todos los años, cuando se acercaba la Noche de los Muertos, la Iannä sentía la inquietud del Ia tatuado en su frente, el Signo que le había otorgado la inmortalidad.

—Pero la muerte es necesaria —susurró, como hacía tantos siglos le había susurrado su señora, la Vida—. Es la muerte la que da sentido a la vida; es la vida la que hace necesaria la muerte...

Y, sin embargo, no podía evitar odiar a la muerte: significaba el final de todo lo que ella, y el Ia engastado en su frente, representaban.

—¿Dónde está tu hermana? —inquirió una voz a su espalda.

La Iannä se sobresaltó y miró hacia atrás, con la mano todavía posada en el cristal del enorme Öi. Clavó los ojos en la figura enmarcada por el arco; a través de la abertura se veían las montañas de Lambhuari, el valle donde se erigía Ahdiel, la ciudad de la Vida y la Muerte, la ciudad maldita que se hundió en el Abismo durante la mayor catástrofe que había sufrido el continente de Ridia.

O eso creían sus habitantes.

—¿Dónde está la Öiyya? —insistió el hombre. Avanzó hasta penetrar el Santuario y se detuvo frente a ella, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable. La Iannä sintió el repentino hormigueo del miedo al posar la mirada en sus ojos dorados, de pupilas tan negras que no parecían sino dos huecos abiertos a la noche infinita que reinaba antes de la existencia del mundo y que reinaría cuando el mundo desapareciera.

—No deberías estar aquí. Ni los dioses son dueños de su destino en Ahdiel —dijo, insegura. El hombre sonrió.

—No soy ningún dios. Y en cuanto al destino... —Inclinó la cabeza—. Te saludo, Elegida de la Vida. Creo que la frase exacta es: «Ni los dioses son dueños de su existencia en Ahdiel». Qué adecuado para un lugar donde la existencia se mide en términos de Vida y Muerte. Lástima que haya muchos más factores.

La Iannä apartó los dedos del Öi y avanzó hasta quedar a un palmo de distancia del hombre. Irradiaba una seguridad en sí mismo, un poder, que la hicieron temblar.

—¿Por qué nombre debo llamarte?

—He escogido el de Eirian. Una vieja broma, como hasta tú podrás entender.

—Es... apropiado —musitó ella con cautela.

—Es lo que es. ¿Dónde está la Öiyya? —insistió, mirando a su alrededor, como si realmente buscara a la Portadora del Öi entre los árboles, entre los Signos.

—En Cerhânedin. El Santuario nos pertenece a ambas, pero desde el Ocaso evita pasar mucho tiempo en Ahdiel. Prefiere la compañía de sus öiyyin.

—Ocultos como ratoncillos en su valle. Bien. —Los ojos dorados se clavaron en ella y horadaron su mente, petrificándola, impidiéndole pensar o hacer nada que no fuera permanecer inmóvil y expuesta bajo su mirada.

Las palabras tomaron forma en su cerebro sin que Eirian moviera los labios. La Iannä notó el helor del miedo que bajaba por su espalda, agujereando sus riñones. Retrocedió, asustada.

—No puedes hacer eso. Lo que hagas tiene que estar predicho.

—Lo bueno que tienen las profecías, mi querida Iannä, es que se pueden interpretar de muchas maneras. Y esa es una de mis especialidades.

—Creía que era la especialidad de Tije.

—Ella se limita a buscar todas las interpretaciones posibles. Yo, sin embargo, las pienso antes.

Alzó la mano y trazó un círculo en el aire. Al instante comenzaron a aparecer unas letras tan brillantes y transparentes como el cristal que los rodeaba.

—La Profecía —susurró la Iannä, sobrecogida. Las letras no reproducían la predicción: las letras constituían la Profecía, las palabras que el Destino había pronunciado hacía tantos siglos que el mundo casi había llegado a olvidarlas. Eirian asintió, pasó la mano por dos de las líneas y las obligó a brillar con la fuerza de un pequeño sol.

Y ya no habrá Muerte.

Del Abismo se alzarán los olvidados.

Ella abrió la boca, estupefacta, mientras el sentido de las palabras se abría paso trabajosamente por su entendimiento.

—No puedes hacer eso —repitió, temblando.

—Claro que puedo, aunque hay ciertas normas que incluso yo tengo que cumplir. Por eso vas a ayudarme. —Hizo desaparecer las letras con un gesto, y después se acercó a ella y acarició su rostro con los dedos—. Vas a ayudarme porque sabes qué quiero conseguir, y sabes qué puedo darte a cambio de tu ayuda. ¿Verdad? ¿Qué puede desear la Portadora del Signo de la Vida —le susurró al oído— por encima del poder absoluto sobre las vidas de los hombres?

—La Vida —musitó ella—. Y la Muerte. El Ia y el Öi.

—Lo has entendido —murmuró él, y volvió a sonreír—. Bien.

COHAYALENA (THALEDIA)

Tercer día antes de Yeði
Año 570 después del Ocaso

Lo inmoral solo existe cuando no son los actos de
alguien poderoso los que son juzgados.

Proverbios

Adelfried carraspeó antes de empezar a leer en voz alta:

Nos complace informaros de nuestra inminente partida de Dalmaviha para reunirnos con vos en Cohayalena y ratificar el tratado que mencionabais en vuestra misiva. Esa aceptación incluye, por supuesto, nuestro matrimonio con vuestro heredero. Os rogamos que deis comienzo los preparativos para que podamos desposar a vuestro hijo cuanto antes y de ese modo consolidar de forma inquebrantable la amistad entre Tilhia y Thaledia.

En Dalmaviha, a 10 de Ebba del Año del Ocaso de 570.

Levantó la mirada y la posó en Kinho. La carta se enrolló entre sus dedos.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Es lo que querías, ¿no? Que viniera y se casara con tu... hijo.

«Y ha conseguido decirlo sin burlarse ni un poquito», pensó Adelfried. Primero había logrado que Kinho, señor de Talamn y el hombre más poderoso de Thaledia después de él, lo tutease cuando no estaban en presencia de la corte; después había conseguido inculcarle un poco de sentido del humor. Pero todavía no había superado la barrera de respeto inquebrantable que Kinho de Talamn había erigido alrededor de su rey. Pese a todo, Adelfried no perdía la esperanza.

—Esa pausa ha valido un reino. Gracias, Kinho. Si no fuera por ti, hasta yo acabaría por creer que el niño es mío.

Kinho no dijo nada. Eso solo hizo reír a Adelfried un poco más.

—Bien —dijo al cabo de un rato—, Klaya de Tilhia. Si es igual que mi difunta esposa, no creo que aparezca por aquí hasta mediados de Yeöi. ¿Crees que bastará con programar la boda para Kertta? ¿O será demasiado tiempo para la ruborosa novia?

—Majestad, ¿no crees que Klaya de Tilhia es demasiado...?

—¿Demasiado joven para casarse? No —interrumpió Adelfried con una sonrisa sardónica—. Demasiado mayor para Thaidhar, sí. Pero yo también era demasiado mayor para Thais, la Tríada la haya perdonado por lo que le hizo a ese pobre idiota de Vohhio.

Tampoco esta vez dijo nada Kinho. Lo más probable era que todavía se sintiera culpable por su participación en aquel drama con pinceladas de comedia. Aunque hubiera seguido órdenes de Adelfried, Kinho no había olvidado nunca que fue él quien disparó la flecha.

«¿Tienes miedo de que vuelva a ocurrir? —pensó Adelfried—. ¿Tienes miedo de que Klaya engañe a Thaidhar como Thais me engañó a mí? ¿Temes que un día vuelva a ordenarte que mates al amante de la reina...?»

—Si nunca esperé que Thais fuera fiel a un anciano impotente, ¿cómo voy a pretender que Klaya guarde fidelidad a un niño de pecho? ¿Cuántos años tiene esa chiquilla?, ¿dieciséis?

—Quince, majestad. Hasta dentro de un decenio, no creo que se plantee siquiera consumir ese matrimonio. Sería algo... violento.

—«Violento» no es el término que tenía en mente —gruñó Adelfried—. No le des más vueltas: sabes que el matrimonio es la forma más fácil de establecer una alianza entre dos países. Tú mismo me lo dijiste hace tiempo.

Y necesitaba una alianza con urgencia. El Imperio de Monmor se había hecho ya con la mitad de la península al reclamar el trono de Svonda, alegando cierto parentesco entre la reina viuda y el emperador. Y el maldito crío imperial no parecía contentarse con eso: había puesto sus ojos en Thaledia y estaba dispuesto también a poner sus manitas. Y después...

Después se haría con el resto de Ridia. Una alianza entre Thaledia y Tilhia parecía la única manera de frenar las ansias expansivas del niño emperador. Al menos, de momento.

Se levantó, cogió la copa de plata y se dirigió a la ventana, desde donde se veían las montañas, azuladas en la distancia, que abrazaban a la capital. Hasta el año anterior, aquella cordillera marcaba la frontera entre Thaledia y Svonda. En algún lugar entre los picos se encontraba el río Tilne, una serpiente plateada que se deslizaba perezosa y adormilada. Una serpiente por la que Thaledia y Svonda habían mantenido una guerra de seiscientos años. Ahora Svonda pertenecía al Imperio, y la guerra había tomado un cariz distinto: ya no se jugaban únicamente una frontera. Ahora se jugaban la supervivencia.

—Yo mismo me casaría con Klaya. Lo que fuera con tal de asegurarme un escudo contra el Imperio de Monmor. Y unos ingresos más regulares para mis arcas, claro. Las minas de plata de Tilhia, y sus Indomables, son lo bastante atractivos para que cualquiera venda su alma por ellos. Pero soy viejo, no puedo tener hijos y todavía no estoy tan desesperado como para ceder mi país a Tilhia por las buenas.

—Es lo que conseguirás si casas a Thaidhar con Klaya —replicó Kinho con una brusquedad inusitada en él—. Thaidhar es solo un bebé. Dices que eres un anciano: si, como parece temer, mueres pronto...

—Yo no he dicho eso —rezongó Adelfried.

—... entonces estarás regalando tu país a Tilhia, como si lo envolvieras en un rollo de seda y se lo pusieras a Klaya en las manos. No solo manejará Tilhia y sus minas de plata: además gobernará Thaledia.

—Solo hasta que Thaidhar crezca. Si fuera mi esposa, cuando yo muriese ella sería la reina en vez de la regente. Y Thaledia sería suya para siempre. Por mucho que me repugne la idea, es con Thaidhar con quien debe casarse. Rezo a la Tríada para que no se le ocurra gestar un hijo antes de que Thaidhar tenga edad de engendrarlo. —Rio con sorna ante la mirada interrogante de Kinho—. Porque el pueblo puede creer que un viejo afeminado haya preñado a su esposa, pero no creerá jamás que un niño se haya metido entre las piernas de una mujer. Son unos degenerados, pero hay cosas que consideran tan obscenas que les resultan impensables. Y una reina adúltera aún puede conseguir que el pueblo la apedree. Thais se lo montó muy bien, en todos los sentidos. Nadie sabía a ciencia cierta si Vohhio y ella estaban en realidad... encariñados. Y estaba yo para desmentir cualquier adulterio. Pero si Klaya concibe mientras Thaidhar es niño... —Miró a Kinho con elocuencia—. Supongo que es nuestro deber impedir que eso ocurra, ¿cierto?

—¿Igual que impedimos que Thais te engañase a ti, mi rey?

—Algo se te ocurrirá para quitar de en medio a todos los nobles jóvenes. —Se acodó en la ventana—. No quiero ver por aquí a ni uno menor de treinta años. Y los mayores, casados. Y con esposas más bellas que Klaya.

Kinho sonrió. Lo había entendido. Siempre habría una guerra a la que enviar a los jóvenes solteros, o una misión para alejar a aquellos vagos de la futura reina de Thaledia. O incluso una flecha.